

## El viaje y entrada del gobernador Mariano Ricafort en Manila (1825)\*

The voyage and parade of the governor Mariano  
Ricafort in Manila (1825)

*Patricio Hidalgo Nuchera*  
Universidad Autónoma de Madrid

Fecha de recepción: 11/01/2017

Fecha de aceptación: 13/11/2017

---

### **Introducción**

La entrada de una autoridad en el territorio a gobernar era una fiesta política fundamental, en la que el ceremonial y las decoraciones efímeras que se desplegaban en torno a tan notable suceso componían una escena deslumbrante y persuasiva que perseguía, mediante una sutil convicción o «poder blando», asegurar la lealtad de los súbditos a la monarquía y la cohesión de los diversos grupos que componían la sociedad local. La entrada, por otra parte, constituía una expresión ritualizada de la idea de monarquía en un lugar donde el rey nunca hizo acto de presencia; y al constituir el primer contacto físico entre el nuevo gobernante y sus gobernados, era objeto de una cuidadosa preparación<sup>1</sup>.

Las Islas Filipinas no fueron una excepción, y la entrada en Manila de un nuevo gobernador constituía un rito político que

---

\* Este trabajo se ha desarrollado dentro del Proyecto de Investigación *La herencia clásica. Descripciones y representaciones del mundo hispánico (siglos XVI-XIX)*. (Ref. FFI2015-65007-C4-1-P) (MINECO/FEDER).

<sup>1</sup> Martínez Millán (2006: 17-61). Álvarez-Ossorio (1991: 256). Büsghe (2001: II, 133). Rivero Rodríguez (2011: 22). Mínguez (2004: 359-374). Una amplia bibliografía sobre entradas y otras fiestas políticas en la América hispánica en Hidalgo Nuchera (en prensa).

mostraba la fidelidad del territorio a la monarquía y manifestaba ante indígenas, chinos y demás naciones orientales el poder y la majestad del soberano bajo cuyo dominio se encontraban. La importancia de la ceremonia de la entrada de los gobernantes en la capital de las lejanas Islas del Poniente fue remarcada a mediados del siglo XVIII por el fiscal del Consejo de Indias:

porque de ella se manifiesta y se haze ver la soberanía del monarca a quien representa, y se haze más nezesaria en las Yslas Philipinas en donde concurren tantas naciones y hazen más respetable la obstentación. Y sería de grave perjuicio a los gobernadores de Manila si se les minorase esta autoridad y estilo observado con todos [...]<sup>2</sup>.

Decimos que Manila no fue una excepción y ello porque, aunque centro periférico, también era corte y su gobernador tenía las mismas funciones que otros vicarios reales: ejercía el patronaje real que, mediante el reparto de favores, le aseguraba lealtades personales al crear en torno suyo, tal como en otra dimensión hacían los reyes y virreyes, una red local de clientes, protegidos y cómplices; residía en el «palacio real», centro de la vida social y política<sup>3</sup>; y, no menos importante, el gobernador representaba en Manila al rey ausente durante las fiestas públicas, siguiendo un ritual que emulaba el de las cortes virreinales; por supuesto, las fiestas y ceremonias que tenían lugar en las cortes provinciales carecían del lujo de las celebradas en México y Lima, pero eran muy semejantes en forma y función simbólica. Así pues, por una parte, las amplias facultades dadas a los gobernadores provinciales les convertían en el principal intermediario entre el rey y los anhelos de la élite criolla local, así como en el mediador en los conflictos que surgían entre las distintas corporaciones locales; y, por otro lado, la corte provincial actuaba como un poderoso mecanismo de legitimación y propaganda real.

---

<sup>2</sup> Archivo General de Indias, Filipinas, legajo 185, n. 18: Dictamen del fiscal del Consejo de Indias, Madrid, 29 de abril de 1759.

<sup>3</sup> Pese a que el rey nunca residió en ellas, las residencias virreinales y provinciales se denominaban «palacios reales», ya que, como señala Rivero Rodríguez (2011: 161), encarnaban la presencia del rey y constituían el centro de la vida social y política de los distintos territorios, la manifestación viva de la corte y el lugar donde residía la autoridad del monarca.

Sin perder sus funciones tradicionales, la entrada en Manila que realiza el gobernador Ricafort en 1825 tiene una connotación especial. Ese es el año en el que la corona española ha perdido definitivamente todos sus dominios americanos, a excepción de Cuba y Puerto Rico, mientras que las Filipinas se habían mantenido unidas a la monarquía hispana gracias al fracaso dos años atrás de una conspiración independentista. En estas circunstancias la entrada que vamos a analizar cobra especial relevancia, pues no sólo trata de reconocer simbólicamente los vínculos entre el rey ausente y sus súbditos, sino también la renovación de la dominación imperial y su contraparte, el yugo colonial. Condición que no sólo se recuerda mediante los repiques de campanas y el *Te Deum* en la catedral, los disparos de armas de fuego y el desfile de las tropas (símbolos del lenguaje religioso y militar respectivamente), sino también mediante la llegada a Manila con Ricafort de un fuerte contingente de tropas peninsulares. La lealtad ahora no sólo se persuade (poder blando), también se impone (poder duro), sobre todo a aquellos que hubieran preferido seguir los pasos de las nuevas repúblicas americanas.

### **Un nuevo vicario real para Filipinas**

El ceremonial de entrada de gobernadores en Manila ha sido estudiado por quien escribe estas líneas<sup>4</sup>. Aquí analizaremos en concreto el seguido en 1825 por el general D. Mariano Ricafort Palacín, de quien ofrecemos a continuación unas líneas biográficas<sup>5</sup>. Nacido en Huesca en 1776, siguió la carrera de las armas, interviniendo en la guerra de España contra la Convención francesa (1793-1795) y, posteriormente, en la conocida como «guerra de las naranjas» contra Portugal (mayo-junio de 1801). En 1803 contrajo matrimonio con Antonia de Paula Sánchez de Lima. Entre 1808 y 1814 intervino en la guerra de Independencia y, al año siguiente, ya con la graduación de coronel, embarcó en la expedición con destino a América comandada por el mariscal de campo Pablo Morillo. Destinado en el Alto Perú –en 1816 fue presidente interino de la Audiencia del Cuzco–, el triunfo liberal de 1820 en la Península generó disensiones en el ejército realista, alineándose Ricafort en

---

<sup>4</sup> Hidalgo Nuchera (2015).

<sup>5</sup> Baso Andreu (1958).

la facción absolutista. Herido en una pierna, regresó a España a fines de 1821.

Tras el trienio liberal, la lealtad del entonces brigadier oscense fue premiada, primero, con su nombramiento en marzo de 1824 como comisionado especial de policía de Aranjuez durante la permanencia de la familia real en dicho real sitio; y posteriormente, en los primeros meses de 1825, con el empleo de mariscal de campo y el cargo de gobernador y capitán general de las Islas Filipinas. Durante su estancia en Cádiz para abordar el navío que le iba a trasladar a Filipinas vía cabo de Buena Esperanza, sufrió una recaída de su herida en la pierna, que le hizo estar postrado un tiempo. No obstante, ello no le impidió realizar el largo viaje, que, iniciado el día 22 de abril de 1825, terminaría el 10 de octubre siguiente con el arribo al puerto de Cavite tras una travesía de cinco meses y medio de duración<sup>6</sup>.

### **El viaje a Manila**

La fuente del viaje de Ricafort de Cádiz a Filipinas y de su posterior entrada en su capital es el relato que, en forma de diario, escribió su secretario el coronel Joaquín Pérez de Uriondo<sup>7</sup>. La expedición constaba de dos fragatas: la *Victoria*, donde viajaba el gobernador y su séquito, zarpó de Cádiz el 22 de abril de 1825 y la *San Fernando*, que conducía un contingente de oficiales y suboficiales para las Islas, lo hizo treinta y cuatro días después. El relato del viaje nos ofrece algunos datos de la vida a bordo, la mayoría de ellos relativos al servicio y disciplina militar. Cabe destacar los actos que parecen al cronista ser «los momentos más preciosos para los leales y honrados españoles», o sea, «aquellos que se dedican al obsequio de su soberano». Representativo fue el que tuvo lugar el 30 de mayo, onomástica del rey. Ya la víspera se había empavesado el navío y representado por la noche la comedia *Más vale tarde que nunca*. Al día siguiente tuvieron lugar diversos

---

<sup>6</sup> En Filipinas permaneció Ricafort hasta su cese en el mando el 23 de diciembre de 1830. Regresó inmediatamente a España, donde ascendió a teniente general. Entre mayo de 1832 y marzo de 1834 ocupó el cargo de gobernador general de Cuba y, posteriormente, su lealtad le fue recompensada con diversos destinos militares (capitanías generales de Galicia, Aragón y Extremadura) y un asiento en el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, falleciendo en Madrid el día 16 de octubre de 1846.

<sup>7</sup> Pérez de Uriondo (1825).

actos, como celebración de la misa, cumplimientos al gobernador, almuerzo amenizado con salvas, música, brindis y vivas al rey y su familia, mientras que por la noche hubo nueva representación teatral y baile. Sin duda, uno de los actos más destacados del día tuvo que ver con el retrato real obra del pintor Vicente López que transportaba el navío como premio a la fidelidad del archipiélago oriental: fue expuesto públicamente rodeado del de los infantes D. Carlos y D. Francisco y una serie de generales (Eroles, Carvajal, Campana, Aymerich y Downie), todos ellos flanqueados por una guardia de honor. Otro acto destacable tuvo lugar el 1 de octubre, segundo aniversario de la liberación de Fernando VII de manos de los constitucionales; ese día hubo orquesta, salvas de artillería y vivas al monarca y su familia.

Destaca Pérez de Uriondo el original plan que tuvo el gobernador para hacer menos monótona la larga travesía y para el cual pidió permiso oficial antes de zarpar. Me refiero a la erección de una academia para enseñar táctica y ordenanza militar, aritmética, álgebra, francés e inglés. En diversas ocasiones el cronista hace alusión a su funcionamiento y al hecho de que, suspendidas durante el tiempo que durasen las maniobras de desembarco en Manila, se señalaría día y lugar en que deberían continuar las enseñanzas. A lo largo de las páginas del diario de viaje su autor alude a disposiciones de policía tales como el cuidado con los fuegos (a pesar de ello hubo uno el 21 de junio), prohibición de juegos, vigilancia de las raciones alimenticias, racionamiento del agua; también a fallecimientos (hubo tres: un pasajero, un soldado de infantería y un alférez de caballería) y dos natalicios. A destacar la noticia de una tradición que tenía lugar cuando se traspasaba la línea ecuatorial, hecho que en este viaje tuvo lugar el domingo 5 de junio: la marinería solicitaba a los pasajeros un donativo, vejando alegremente a todos aquéllos que no tenían con qué satisfacerlo. Obligatoria era la asistencia a las misas de precepto; un soldado que no acudió a una fue arrestado, aunque el gobernador levantó el castigo al acreditar haber estado ocupado cumpliendo el encargo de unas señoras, pero apostillando que «las obligaciones religiosas son preferibles a las del servicio particular».

Bien parco se muestra Pérez de Uriondo en la descripción de lugares visitados o simplemente avistados durante la larga singladura. Apenas unas líneas sobre las Islas Canarias, donde en Santa Cruz se detuvieron a hacer aguada, y la mera mención de

algunos parajes como el cabo de Buena Esperanza, que cruzan el 11 de julio, el cabo de las Agujas (12 del mismo mes), las islas de Amsterdam y San Pablo en el golfo de la India (7 de agosto), la isla Crismas (veintiún días después), la de Claps y el pico del Príncipe, en la costa de Java, para llegar el 31 de agosto a Anjer<sup>8</sup>. Según el relato que comentamos, éste fue el único lugar, junto a Canarias, donde la expedición hizo escala con el fin de abastecerse de agua y víveres. El interés del coronel secretario ante el nuevo mundo que se abría ante sus ojos se limita a recoger el hecho de que varias canoas se acercaron al navío para ofrecer sus mercancías. Únicamente se detiene a narrar un suceso que le tuvo como protagonista: el 1 de septiembre, acompañado del capitán de la fragata y veinte soldados, saltó a tierra para complimentar al gobernador y solicitarle permiso para desembarcar y abastecerse de agua. Curiosamente, la máxima autoridad de Anjer era un teniente francés al servicio de Holanda y que, años antes, había luchado en la guerra de España al servicio de Napoleón; al saber que Pérez de Uriondo también había participado en tal contienda, le obsequió con un espléndido banquete. Echamos de menos alguna descripción de la ciudad, de sus gentes y costumbres; frente a ello, el cronista se limita a informar de que el agua que le vendieron para la fragata *Victoria* era excesivamente cara y que, estando a punto de partir de Anjer, llegó la *San Fernando*, con la que harían de forma conjunta el resto del viaje, del cual únicamente cita el islote de las Dos Hermanas (6 de septiembre). Por último, cabe referir que antes de atracar en Manila el gobernador invitó a los pasajeros a entregar o destruir todo libro o papel contrario a la moral y leyes del reino; pero al igual que en otras ocasiones, el cronista omite los resultados de la requisitoria.

De mayor interés son las noticias que Pérez de Uriondo recoge en su relato acerca del recibimiento que tuvo Ricafort en su calidad de vicario real tras su llegada a Manila el domingo 9 de octubre de 1825. En este sentido el diario de Pérez de Uriondo cumple el papel de uno de los componentes de toda fiesta política, las llamadas «Relaciones de sucesos», pues conserva la memoria del acto que aquí analizamos; y aunque hay que reconocer que la prosa del citado militar carece de todo valor literario, sí

---

<sup>8</sup> Anjer era una ciudad y puerto de mar situado en una isleta de la costa de Java, destruida por la erupción del volcán Krakatoa en 1883.

perpetúa el discurso político de la ceremonia, en un momento en que la monarquía hispana había perdido todos sus dominios en la América continental.

### **La llegada y recibimiento en Manila del gobernador Ricafort**

A partir de los datos aportados por el cronista del viaje, podemos observar la existencia de varios acontecimientos sucesivos: la llegada a Manila, el recibimiento por las autoridades locales y la entrada propiamente dicha en la ciudad. En líneas generales, Ricafort, como sus antecesores en el mando de las Islas Filipinas, sigue el antiguo ritual de entrada de los virreyes novohispanos, si bien con grandes diferencias formales<sup>9</sup>. La primera es el lugar de llegada: mientras los antiguos virreyes de México arribaban a Veracruz y, desde allí, marchaban en sucesivas jornadas hasta la capital recorriendo simbólicamente la ruta de Hernán Cortés, en Filipinas la llegada tenía lugar en el puerto de Cavite, distante unas dos leguas de la capital.

Desde la cubierta de la fragata *Victoria* que lo transportaba desde la metrópoli<sup>10</sup>, el nuevo vicario real podría observar cómo la ciudad de Manila estaba edificada en la orilla izquierda de la desembocadura del río Pasig, rodeada de una muralla con foso, contrafoso y diversos baluartes defensivos, destacando en el extremo noroccidental una ciudadela militar conocida como la Real Fuerza de Santiago; y si volvía la vista a la otra orilla del río, vería que unido a Intramuros por un puente de piedra se expandía el populoso arrabal de Binondo, importante centro comercial de las Islas.

Al día siguiente de haber fondeado frente al puerto de Cavite, una representación de las autoridades locales abordó el navío para dar la bienvenida al nuevo gobernador y acordar su desembarco. Sin duda, los comisionados se hubieron de sorprender cuando escucharon de boca de Ricafort que quería «sin ruido ni aparato» saltar a tierra, añadiendo que no deseaba se realizasen

---

<sup>9</sup> Hidalgo Nuchera (2015).

<sup>10</sup> La comunicación entre España y Filipinas se realizó desde 1565 vía México, por lo que los gobernadores destinados al archipiélago oriental viajaban desde Acapulco a bordo de la llamada «nao de China»; sin embargo, al inaugurarse a mediados de la década de 1760 la navegación por el cabo de Buena Esperanza, lo harán por esta vía más corta, a menos que el electo procediera directamente del virreinato mexicano. Y a partir de 1869 lo harán a través del canal de Suez, inaugurado el 17 de noviembre de ese año.

gastos en su recibimiento<sup>11</sup>. Es posible que lo hiciera pensando en los costes de una ceremonia que tendría lugar poco tiempo después: la entrada del retrato de Fernando VII del cual él en persona era el portador. Sin embargo, los regidores le respondieron que hacía mucho tiempo que estaban dispuestos los preparativos. Más que los gastos, creemos que los representantes de la ciudad eran conscientes de la importancia del ritual de la entrada para legitimar la autoridad colonial.

Tras los cumplimientos de rigor, el gobernador desembarcó, dándose inicio a la entrada propiamente dicha. Como observamos por nuestra fuente, se compone de una sucesión de diversos actos protocolarios que podemos agrupar en dos grandes etapas, cada una de las cuales marcaba un diferente acceso de la población al vicario real: el ceremonial privado de la víspera y el posterior de la recepción pública.

### **El ceremonial privado de la víspera**

Tras el desembarco, Ricafort se alojó extramuros de la capital, exactamente en la casa de la Administración de la renta del vino situada en el arrabal de Binondo. El alojamiento fuera de Intramuros recrea un elemento presente en las recepciones de los virreyes de México y Lima, quienes permanecían varios días fuera de la capital antes de entrar oficialmente en ella. Posiblemente su origen se halle en que la ciudad necesitaba un tiempo para completar los preparativos del recibimiento, amén de dar ocasión a que el antecesor de la nueva autoridad abandonara el palacio y éste fuera aderezado para acoger a su nuevo inquilino<sup>12</sup>.

En cuanto al tiempo de estancia en extramuros, nuestra fuente afirma que Ricafort permaneció en el alojamiento preparado para él «los tres días de costumbre». En Manila esta tradición se remonta a 1759 cuando, para limitar los gastos que la ciudad realizaba en las entradas de los nuevos gobernadores, se limitó la estancia a setenta y dos horas<sup>13</sup>. Pérez de Uriondo continúa relatando que el gobernador recibió «obsequios de toda clase, en los cuales dio la ciudad comidas abundantes y deliciosas para

---

<sup>11</sup> Pérez de Uriondo (1825).

<sup>12</sup> Hidalgo Nuchera (2015).

<sup>13</sup> Archivo General de Indias, Filipinas 343, libro 12, ff. 254-256: RC Buen Retiro, 23 de octubre de 1759.



más de ochenta cubiertos y tres brillantes bailes por la noche»<sup>14</sup>. ¿Cuál es el sentido de estos cumplidos? Hay que tener presente que no constituían una práctica privativa de Manila, sino que se desarrollaban también en las cortes virreinales de México y Lima. A ellos acudía la élite social de la ciudad, o sea, los miembros de la audiencia y del cabildo, funcionarios de la Real Hacienda, principales autoridades religiosas, así como el conjunto de la élite manilense. Según Jaime Valenzuela, estas «liturgias privadas» constituían «un interesante ‘juego de espejos’ destinado a (re)conocerse, a evaluar el estado de la gobernación y, sobre todo, a (re) establecer los lazos que los debían unir como actores esenciales del sistema de poder a nivel local»<sup>15</sup>.

Con respecto a los banquetes, ¿quién o quiénes los financiaban? La documentación no lo señala, aunque parte saldría de los bienes de propios de la ciudad y otra del bolsillo de los regidores encargados del recibimiento, aunque tampoco podemos desechar la idea de que asimismo participasen otros regidores, e incluso miembros de la élite local, deseosos de realizar un lucimiento personal frente a sus pares y a la nueva autoridad real. Si esto fuera así podríamos decir, siguiendo a Valenzuela Márquez, que estamos frente a una «inversión simbólica» de la élite local (individual e institucional) a partir de la cual alojamiento, banquetes y regalos pueden ser vistos bajo las categorías de «reciprocidad del don» y del intercambio<sup>16</sup>.

El segundo día de la estancia del gobernador en extramuros, exactamente el miércoles 12 de octubre, tuvo lugar otro rito fundamental: la toma de posesión. Se trató de una ceremonia privada, tal como afirma Pérez de Urondo: «Entró S.E. privadamente en la Audiencia»<sup>17</sup>. Este acto privado coincide con el que Diego de

---

<sup>14</sup> Pérez de Urondo (1825).

<sup>15</sup> Valenzuela Márquez (2001: 304).

<sup>16</sup> Valenzuela Márquez (2001: 307).

<sup>17</sup> Pérez de Urondo (1825). Sin embargo, Ricafort comentó a sus superiores que fue el día 14 cuando tomó posesión de los «destinos de gobernador y capitán general, presidente de la Real Audiencia y superintendente general subdelegado de Real Hacienda». Archivo Histórico Nacional (Madrid), Ministerio de Asuntos Exteriores, H2955: Mariano Ricafort al secretario de Estado y del Despacho Universal de Gracia y Justicia, Manila, 27 de octubre de 1825. Un duplicado en Archivo General de Indias, Filipinas, 515. Probablemente Ricafort esté superponiendo dos actos distintos: la toma de posesión privada del 12 de octubre con la entrada pública en la ciudad de Manila, que tuvo lugar, como veremos, dos días después.

Panes –o García de Panes– afirmaba que hacían los virreyes de México en el siglo XVIII durante su toma de posesión y que sustituía el juramento público que antiguamente hacían los reyes y virreyes públicamente antes de entrar en las ciudades<sup>18</sup>.

### **El ceremonial de la recepción pública**

Esta segunda etapa comprendía el conjunto de liturgias civiles y religiosas de carácter público que rodeaban la entrada del gobernador y a través de las cuales la «presencia» del representante del monarca en el reino se reforzaba en el imaginario colectivo. En la entrada de Ricafort podemos acotar tres fases consecutivas: el recorrido desde el alojamiento a la catedral, el ingreso en ésta y, por último, la llegada al palacio real.

#### A) RECORRIDO DESDE EL ALOJAMIENTO A LA CATEDRAL

A las 8 de la mañana del viernes 14 de octubre de 1825 se presentaron en el alojamiento del vicario real los ministros de la Audiencia y los regidores de la ciudad, testimonio, según Pérez de Uriondo, «del aprecio y consideración con que miraban al representante del Rey Nuestro Señor en sus remotos dominios del Asia». El cortejo, compuesto de numerosos carruajes de gala, se puso en marcha a través de unas calles rebosantes de gentío y tropas tendidas a lo largo del recorrido. A destacar los adornos que engalanaban calles, casas y balcones, ornatos efímeros presentes en todo tipo de fiestas que, si bien no serían del mismo lujo y riqueza que los de las cortes virreinales, no eran menos vistosos por el exotismo que exudaban.

Aunque Pérez de Uriondo excuse toda noticia al respecto, el cortejo cruzaría el puente grande que separaba Binondo de Intramuros y entraría a la ciudad por una de sus puertas, transformada para la ocasión en simbólico arco de triunfo que funcionaba como estrategia de reproducción cultural, a la par que imponía su majestuosidad no por su riqueza sino más bien por su sola presencia<sup>19</sup>. Este acto tenía especial relevancia, pues, retomando la imagen clásica del héroe, el gobernador cruzaba exultante el arco de triunfo e ingresaba en la capital del imperio

---

<sup>18</sup> Panes (1994: 107-112).

<sup>19</sup> Valenzuela Márquez (2001: 309).

español en oriente. Era un momento de emoción colectiva, de legitimación persuasiva del poder, que se prolongaba en dirección a la catedral<sup>20</sup>.

B) *TE DEUM EN EL TEMPLO MAYOR*

Una vez llegado a la plaza mayor, cuyos edificios también estarían engalanados con todo tipo de colgaduras, el solemne cortejo ingresó a pie en la catedral. Ricafort fue recibido a su puerta por el cabildo eclesiástico y, después de ocupar el sitial, se entonó un solemne *Te Deum*. Como explica Valenzuela Márquez, con esta ceremonia el gobernador coronaba la ligazón que había establecido entre el cumplimiento de su cargo y la responsabilidad ante Dios. Ahora él se «cargaba» de sacralidad y el *Te Deum* entonado en acción de gracias por su nombramiento, celebrado con la solemnidad correspondiente, podía ser eventualmente visto o sentido por la comunidad como una suerte de «consagración»<sup>21</sup>.

C) LA LLEGADA A PALACIO

Finalizadas las ceremonias en la catedral, el cortejo se dirigió al contiguo palacio real, donde Ricafort recibió el homenaje que le tributaron las autoridades y notables de la ciudad, en un acto realizado por coincidir con el cumpleaños del rey. Tras asistir al desfile de las tropas desde el balcón del palacio, se pasó a un banquete preparado para cien comensales. Finalmente, el baile y refresco posterior pusieron fin a las funciones en honor del nuevo vicario real.

**Conclusiones**

Si comparamos esta entrada con otras anteriores realizadas en Manila en los siglos XVII y XVIII<sup>22</sup>, podemos observar dos variaciones, una en la entrada privada y otra en la pública. La primera tiene lugar en la toma de posesión: nuestra fuente no alude al «juramento», acto solemne en el que se pronunciaban unas palabras predefinidas mediante las cuales el nuevo gobernador juraba la defensa de la ciudad y del archipiélago asiático, gober-

---

<sup>20</sup> Valenzuela Márquez (2001: 312).

<sup>21</sup> Valenzuela Márquez (2001: 313).

<sup>22</sup> Véase Hidalgo Nuchera (2015).

nar de acuerdo a la ley y los preceptos divinos en beneficio de la monarquía y del reino y, por último, respetar los privilegios de la ciudad. No sabemos si esta fórmula había caído ya en desuso o, simplemente, que Pérez de Uriondo no hace mención de ella al considerarla parte de la toma de posesión. La segunda variante es la ausencia en la entrada pública de la «renovación del juramento» ante una de las puertas de la ciudad, rito que emulaba el que realizaban los virreyes y el propio monarca antes de su entrada en una localidad importante. En Manila tenía lugar desde el último tercio del siglo XVIII en la llamada «puerta del Parián», localizada en el lienzo oriental de la muralla. Probablemente la razón de tal omisión radique en que dicha ceremonia se hubiera subsumido en la toma de posesión celebrada durante el segundo día de su estancia en extramuros; hasta entonces habían sido dos ceremonias independientes. Pero salvo estos dos detalles, el ceremonial seguido por Ricafort en octubre de 1825 fue prácticamente similar al que efectuaban sus antecesores.

Un ceremonial en el que cabe destacar cómo en tal año y en la más lejana de las ya exiguas colonias de la monarquía española tuvo lugar la reproducción de las antiguas recepciones de los virreyes novohispanos. Por supuesto, se trataba de una reproducción provinciana, pero lo importante es que cumplía los mismos objetivos políticos que antaño: legitimar persuasivamente el poder de la monarquía, fortalecer los vínculos entre ésta y los súbditos de Filipinas y mantener las relaciones sociales locales, para lo cual el ceremonial era pieza básica al fijar de manera precisa la situación de los diferentes actores del teatro político.

### **Bibliografía**

- ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, A. (1991), «La corte: un espacio abierto para la historia social», en S. Castillo (coord.), *La historia social en España: actualidad y perspectivas*, Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social, Zaragoza, septiembre de 1990, Madrid, Siglo XXI, 247-260.
- BASO ANDREU, A. (1958), «Un oscense casi olvidado: Mariano Ricafort Palacín», *Argensola: Revista de Ciencias Sociales del Instituto de Estudios Aragoneses* 36, 265-302.
- BÜSCHGES, C. (2001), «La corte virreinal en la América hispánica durante la época colonial», en C. Büschges y P. Latasa (coords.),

- Actas del XII congreso internacional de AHILA. América Latina: outro occidente? Debates do final do milenio*, Centro Leonardo Coimbra de Facultad de Letras, Oporto, vol. II, 131-140.
- HIDALGO NUCHERA, P. (2015), «La entrada de los gobernadores en Manila: el ceremonial y sus costes», *Revista de Indias*, 265, 615-644.
- HIDALGO NUCHERA, P. (en prensa), «De cortes y fiestas cortesanas en la América hispana: una aproximación bibliográfica», presentado en la XII Reunión Científica Internacional Humanistas Españoles, celebrada en la Universidad de León en septiembre de 2014.
- MARTÍNEZ MILLÁN, J. (2006), «La corte de la monarquía hispánica», *Studia Historica. Historia Moderna* 28, 17-61.
- MÍNGUEZ, V. (2004), «La fiesta política virreinal: propaganda y aculturación en el México del siglo XVII», en Karl Kohut y Sonia V. Rose (eds.), *La formación de la cultura virreinal. II. El siglo XVII*, Madrid, Iberoamericana; Frankfurt, Vervuert, 359-374.
- PANES, D. (1994), *Diario particular del camino que sigue un virrey de México: desde su llegada a Veracruz hasta su entrada pública en la capital [1793]*, introducción de Lourdes Díaz-Trechuelo, Madrid, Centro de Estudios Históricos del Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente.
- PÉREZ DE URIONDO, J. (1825), *Diario de las ocurrencias políticas y militares de la expedición que el Rey Nuestro Señor se sirvió destinar a las Islas Filipinas, bajo las órdenes de su capitán general el excelentísimo señor D. Mariano Ricafort*, por el coronel [...], secretario de la capitania general y gobierno de las referidas Islas Filipinas. Impreso en la imprenta de Sampaloc.
- RIVERO RODRÍGUEZ, M. (2011), *La edad de oro de los virreyes: el virreinato en la monarquía hispánica durante los siglos XVI y XVII*, Madrid, Akal.
- VALENZUEZA MÁRQUEZ, J. (2001), *Las liturgias del poder: celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana; DIBAM; Lom Editores.

HIDALGO NUCHERA, Patricio, «El viaje y entrada del gobernador Mariano Ricafort en Manila (1825)», *SPhV* 19 (2017), pp. 29-42.

#### RESUMEN

---

En 1825 el nuevo gobernador de las Islas Filipinas, Mariano Ricafort, hacía su entrada en la ciudad de Manila. Ese acto constituía una fiesta política que, como todas las efectuadas en el periclitado imperio español, perseguía asegurar la lealtad de los súbditos a la monarquía. Salvo en pequeños detalles, el ceremonial seguido por el nuevo vicario real fue prácticamente idéntico al efectuado por sus antecesores.

**PALABRAS CLAVE:** Filipinas, Fiesta política, arte efímero, poder blando, rey ausente.

#### ABSTRACT

---

In 1825 the new governor of the Philippines, Mariano Ricafort, made his entrance in the city of Manila. It was a political celebration, like all the others in the diminishing Spanish empire, seeking to assure the subjects' loyalty to the monarchy. Except in small details, the ceremony carried out by the new Royal representative was practically identical to those carried out by his predecessors.

**KEYWORDS:** The Philippines, Political celebration, Ephemeral architecture, Soft power, Absent King.